

Vivencia de la música y la palabra

Por Jorge Aguilar Mora

Silver Spring, Maryland, febrero 2008

¿Qué palabra se puede decir en el sacrificio de un dios, cuando de su muerte depende la salud del mundo? ¿Qué palabra es la palabra necesaria para un dios que se entrega al sacrificio para salvarnos? ¿Qué podemos decirle al que nos ha creado cuando lo matamos para poder seguir viviendo? ¿Qué palabra si Él es la palabra? ¿No sólo le robamos la vida, también le robamos lo que es Él para poder justificar nuestro acto?

La misa es el sacrificio, pero el sacrificio de la misa es el último privilegio que tenemos los hombres para pronunciar las palabras primeras de nuestra condición. El sacrificio repetido en la misa es ya un símbolo, pero es un símbolo que en cada consagración hace de la fe la única salud del mundo. Es un símbolo que regresa a este mundo y lo vuelve todo poderoso... sólo con la palabra y solo en la palabra. Justo en la orilla de la repetición de un acto irrepetible, la palabra recibe la única razón de su existencia: el sentido de recorrer ese acto hasta el final para que el símbolo siga siendo símbolo y siga siendo lo único real, lo único que no significa nada sino él mismo. Símbolo único que se significa a sí mismo, al que nada ni nadie puede simbolizar, y que, sin embargo, se difunde, se reproduce infinitamente al volverse cuerpo de los hombres.

En *Missa solemnis*, Raúl Vallejo recoge las palabras rituales de la misa y las vuelve cuerpo. Si en la misa, las palabras se pronuncian con una legitimidad precaria pero que es la única posible; en el rito de Raúl Vallejo, las palabras son el cuerpo de la fe de cada creyente y no creyente. Dios en su muerte no sólo es un concepto sublime, que violenta todos los engranajes de la razón, de la imaginación, del entendimiento y de los sentidos; Dios en su muerte también es la posibilidad de encontrar en la palabra el reverso de nuestro cuerpo para acompañarlo a Él —“¡Sí, es azul! ¡Tiene que ser azul!”, dice otro poeta— en ese acto insensato, en el acto más insensato y el único donde puede estar el sentido. Las palabras de la misa son las palabras de los presentes en el rito; las de Raúl Vallejo son nuestras palabras, para entrar en un diálogo imposible pero inevitable con el secreto de todos los secretos: la inocencia de este mundo. Para el creyente, las palabras de *Missa solemnis* recuperan el poder que Cristo les dio a los hombres en el momento de escuchar el silencio del Padre y de decidir que su sacrificio debía continuar. Para los no creyentes, las palabras de Raúl Vallejo son la expresión desgarradora de una condición trágica; son la sangre que corre en las venas trágicas de la creación: ¿cómo podemos crear tanta belleza y que tanta belleza sea tan frágil, tan efímera, tan eterna y precedera?

Missa solemnis tiene, sin duda, el parentesco de la música; pero el “sin duda” no es mío, no está escrito desde “mi” sabiduría; el “sin duda” está escrito desde la fuerza de las palabras mismas que quieren reclamar ese parentesco... quizás porque la música sigue siendo ese territorio incógnito donde desaparecen las huellas del sentido. ¿No será que Él sólo ama la música? Y no la de las esferas, sino la música de esa espera de antemano frustrada que es la reconciliación con el silencio. ¿No será que Él es ese silencio que está detrás de toda música que reclama constantemente la inocencia de este mundo?

Por eso *Missa solemnis* no es sólo el rito de la misa, sino también todo el recorrido del acontecimiento, de aquel acontecimiento incomprensible y que le ha querido dar un cuerpo a la historia. Raúl Vallejo también recoge las últimas palabras de Cristo y, como otros poetas y otros músicos, indaga en su sombra, porque en el cuerpo mismo de las siete palabras nada hay que buscar. Es en la sombra, es en el punto final donde se confunden con los momentos de la cicatriz donde caben nuevas palabras y nueva música: ¿qué puedo decir? ¿qué puedo decir

aparte de escuchar “Las siete palabras de Cristo en la cruz” traducidas por Haydn en dos cuartetos de cuerdas que no tienen orillas, que no tienen huellas, que sólo tienen cicatrices, que sólo tienen surcos, que sólo tienen desgarraduras? Y luego, porque el rito no termina ahí, luego está la imagen de la madre al pie de la cruz, sí, también estaba la madre, sí, la madre sigue estando, y en su estar ahí, al pie de la cruz, sigue emitiendo signos que no podemos sino recoger y reinterpretar. Madre abandonada por el hijo —por el único hijo de Dios y de este mundo—, e hijo abandonado por el Padre... momento en que estamos ante “la eternidad suspendida del irremediable mutismo de Dios”. A esos abandonos también muchos poetas les han querido dar palabras, y muchos músicos, melodías. Y Raúl Vallejo les da palabras y melodías. Aunque sea, como él dice, “criatura de débil voz”, las palabras y las melodías se bastan solas, porque sólo ellas saben arreglárselas con la muerte. ¿La muerte? ¿Palabras y melodías de la vida? Raúl Vallejo ha producido en “*Stabat mater*” un rosario de poemas que supieron ganarse la complicidad de la historia: en sus palabras y en sus silencios melódicos, aparecen trágica, conmovedoramente, todos los matices de la tristeza de Pergolesi y toda la sabiduría terrenal de Rossini.

Y si la voz es “débil”, la resurrección es propia, justa, exacta como la exaltación del Aleluya. Aleluya, decimos con el poema, Aleluya, sea lo que sea, ha resucitado, y basta la imagen, más acá o más allá de su realidad, para culminar el testimonio. Aleluya, sí, hacia dentro o hacia fuera, hacia la inmanente realidad del mundo o hacia su trascendencia, hacia el símbolo o hacia el mero signo, Aleluya, porque la música y la palabra siguen vivas.